

La firma invitada



Ángel Jiménez

*Decano del Colegio de Ingenieros Agrónomos de Aragón,
Navarra y País Vasco*

Cuando termina la etapa más atractiva de mi larga carrera profesional, me piden mis amigos de UPA-Aragón que participe en esta revista, lo que para mí es un gran honor, y empiezo por agradecer el ofrecimiento, que espero aporte una visión diferente, por ser externa a vuestro entorno más próximo.

Precisamente el ejercicio de abrirse a escuchar la interpretación que otros hacen de la realidad del sector agrario (la realidad solo es una, pero la visión es poliédrica) es la mayor de las lecciones que hemos aprendido todos en estos más de diez años trabajando juntos en la mesa de la Alianza Agroalimentaria Aragonesa. La crisis en el sector agrario es algo endémico, permanente, y lo único que cambia es la forma, "los retos". También es propio de nuestra cultura el inmovilismo y el culpabilizar al vecino y a las adversidades climáticas, económicas, geopolíticas... de todos nuestros males. Una vez llorados convenientemente, voy a tratar de apuntaros un par de cosillas que me parecen las claves para construir el futuro del sector agrario que todos queremos. La primera de ellas es la apuesta clara y firme por una base de micro-empresas agrarias profesionalizadas, que no renuncien a ninguna de las oportunidades que hay en el medio rural, pero que tengan el corazón en unas actividades agro-ganadero-forestales.

Esas deben ser el motor económico y social del medio rural y por lo tanto todo lo demás deberá adecuarse a las exigencias de ellas y prestarles los servicios que necesiten para su "sostenibilidad". Estas deben ser la cimentación sobre la que se debería construir lo que ahora denominamos "sistema agroalimentario".

Uno de los mayores problemas, que diferencian este sector del resto de las economías, es la diversidad de realidades (territoriales, climáticas, sociales, ...) y la imposibilidad de utilizar el cortapega, para trasladar los casos de éxito al resto de los menos avanzados. Como consecuencia de ello, no hay más remedio que plantear la viabilidad de las explotaciones agrarias de forma individualizada, lo cual también conlleva un coste. Lo que no implica que no debemos ser capaces de analizar técnicamente las causas de los casos de éxitos y fracasos, para extraer las enseñanzas que nos pueden permitir avanzar.

Llegados a este punto, parece imprescindible el poder disponer de información pormenorizada de las actividades que se desarrollan en las explotaciones, primero de todo, para uso propio en el proceso de mejora de su rentabilidad. Esa valiosa información podrá ser exportada para el fortalecimiento del sistema y por lo tanto retornará en nuestro propio beneficio.

Pensar que la innovación tecnológica está muy disponible (es cuestión de dinero) pero la innovación en la gestión la tiene que implantar cada empresa agraria y esta labor es el gran reto al que ahora se enfrentan los pequeños agricultores.

¿Y todo eso lo tiene que hacer cada agricultor y ganadero por sí mismo? . La respuesta es NO, sería inviable, sobre todo para aquellas empresas familiares que tienen muy difícil acceso a incrementar su dimensión. Pero tampoco se plantea nadie resolver los problemas sanitarios de su familia. Aquí es donde entra en juego la cooperación, en sus distintas facetas y con las diferentes fórmulas para articularla. Aquí es donde los pequeños agricultores necesitan disponer de un sistema agroalimentario que les asista y les dote de lo que individualmente no pueden procurarse (legislación, infraestructuras, servicios...)

Las Organizaciones Profesionales Agrarias (como UPA), las Cooperativas, SAT, Comunidades Regantes... son el elemento central de este sistema, pero no olvidar nunca, cuál es su razón de ser y cuál es su papel. Todas ellas deben ser capaces de compactar el tejido empresarial agrario (como el cemento aglutina la arena y la graba en el hormigón) para conseguir unos cimientos que trabajen como un solo bloque y sean resistentes, consiguiendo que elementos muy pequeños actúen como si tuviesen una gran dimensión, accediendo de ese modo a las economías de escala. El resto de los profesionales que trabajamos en el

sector deberemos proporcionarles las asistencias técnicas necesarias para ser competitivos y tener acceso a las mismas herramientas que las grandes corporaciones, sin renunciar a su esencia empresarial, que les permitirá mantener su autonomía organizativa y su idiosincrasia personal. Las nuevas herramientas que están a nuestra disposición nos permiten una ágil comunicación y una proximidad asesor-agricultor que hasta ahora eran complicadas o caras.

Pero a pesar de la imparable digitalización del sector y de la innovación técnica disponible, la clave de la sostenibilidad económica del modelo de pequeños agricultores/ganaderos está en la profesionalización de los titulares y de que se les dote de un sistema de asesoramiento independiente que mire por sus intereses empresariales y les permita aprovechar el conocimiento que hay en los agricultores, los técnicos y los investigadores (públicos y privados). Solo mediante la correcta colaboración/coordinación de todos los componentes del "Sistema Agroalimentario" seremos capaces de resolver el reto de conseguir la sostenibilidad económica de las pequeñas explotaciones. Con ello contribuiremos a la sostenibilidad social del medio rural que necesitamos y a la sostenibilidad ambiental que se nos reclama.

Os animo a que, desde UPA, propiciéis la imprescindible innovación de la gestión del sector agrario aragonés